JORNADAS

58

FRANÇOIS BOURRICAUD

IDEOLOGÍA Y DESARROLLO

EL CASO DEL PARTIDO APRISTA PERUANO

EL COLEGIO DE MÉXICO
1966

EL COLEGIO DE MÉXICO

Guanajuato 125
México 7, D. F.

Centro de Estudios Históricos

Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios

Centro de Estudios Internacionales

Centro de Estudios Económicos y Demográficos

Sección de Estudios Orientales

357/CAI
8

13818

Fecha de vencimiento

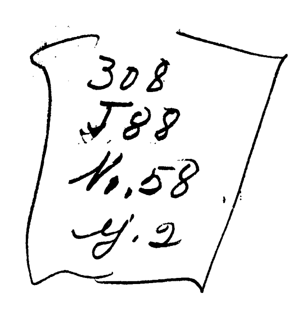
FRANÇOIS BOURRICAUD
Universidad de Burdeos

IDEOLOGÍA Y DESARROLLO

EL CASO DEL PARTIDO APRISTA PERUANO

JORNADAS – 58

EL COLEGIO DE MÉXICO
1966



Primera edición 1966

TRADUCCIÓN DE LILIA DÍAZ LÓPEZ

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

GRÁFICA PANAMERICANA, S. DE R. L.
Parroquia, 911 – México 12, D. F.

IDEOLOGÍA Y DESARROLLO: EL CASO DEL PARTIDO APRISTA PERUANO

En este trabajo me propongo contestar a dos series de preguntas muy distintas, unas respecto a la función de las ideologías políticas en los países en proceso de desarrollo. Las otras se refieren a un caso muy particular, el del partido aprista peruano.

Todo el mundo convendrá en que el uso de una palabra como el de "ideología" no siempre es muy riguroso. Para unos, la ideología no es más que una red de mentiras y absurdos. Para otros, los mismos enunciados que los primeros enuncian como ideológicos (liberación del hombre por el hombre, fin de la explotación, auto-determinación), constituyen las más grandes verdades que la mente pueda alcanzar y la acción realizar.

Trataré de demostrar que ninguna de estas dos proposiciones es aceptable. Pero unos y otros están de acuerdo en que por ideología hay que entender una representación estilizada de la evolución social del universo y de las tareas que esperan a los interesados en transformarlo, visión sintética de la Historia, la ideología es también un programa, un plan de acción. Y es esta doble pretensión de "hacer una suma" de la experiencia y fundar una acción libre y necesaria a la vez sobre un saber absoluto, la que es considerada como la más extravagante confusión. Comencemos por advertir que en el desarrollo de este trabajo, nunca se tomará con el matiz de desprecio que se nota tanto cuando se opone la ideología a la "ciencia" o aun a la filosofía. Es cierto que la mayor parte de las grandes ideologías modernas mezclan proposiciones, de las cuales algunas se pueden comprobar (es decir, son susceptibles de ser consideradas verdaderas o falsas) a juicios válidos o

a meras exhortaciones, la regla lógica de una consigna como "Proletarios de todos los países, *uníos*" es, evidentemente, muy diferente a la de una ley —o de una pseudo-ley— como: "la tasa de la ganancia tiende a bajar a medida que el equipo fijo es substituido por la fuerza de trabajo". Pero no hay ninguna razón para desestimar a la ideología marxista fingiendo que no contiene más que fantasías disfrazadas en afirmaciones científicas. Este punto de vista que ha sido popularizado por lectores influidos por Pareto, no descuida solamente el hecho de que las proposiciones de Marx respecto a la baja intencional de la tasa de la ganancia, aun si evidentemente contribuye a penetrar en los partidarios, la esperanza escatológica puede ser destacada de ahí para ser eventualmente reincorporada a una ideología de diferente afiliación. Ignora una de las funciones de toda ideología, que no es solamente la de expresar los conflictos y las tensiones que destrozan a cierta categoría de individuos o a un cierto número de grupos sociales.

Las ideologías nos suministran una información, es cierto, generalmente muy burda. Pero como esta información es remitida por nosotros bajo forma de proyectos que fracasan o que tienen éxito, de previsiones comprobadas o invalidadas, podemos tomar frente a ella una distancia mínima y aprender a tratarla no como si tuviera el poder mágico de crear las cosas que evoca, sino como si nos volviera sensibles ciertos aspectos de un mundo ya preexistente sobre el cual nos ilustra, ilustrándonos sobre nosotros mismos.

O para decir las cosas de otro modo, nada nos obliga a tratar a las ideologías como si no fueran más que un sistema de creencias o de ritos mágicos, de fantasías o de conductas que se proyectan. Es más prudente ver en ellas un lenguaje que puede, según el grado de precisión, de rigor —y también de éxito— con el que lo hablamos, elevarse hasta la elegancia del algoritmo o degradarse hasta la inconsistencia de tartamudear. Es cierto que la aptitud de hablar la lengua ideológica, de crear imágenes conmovedoras y seductoras, de articular los razonamientos que conven-

cen, de inventar o rejuvenecer los símbolos que establecen entre el orador, el escritor y su público, una comunicación que primero los acerca, después los une, no depende solamente del talento o de las disposiciones del orador, sino también del material simbólico que tenga a su disposición. Por ejemplo, hacer sentir a los peruanos en 1930 las dimensiones características del mundo en que viven, es tanto más difícil cuanto que las palabras, los conceptos, las categorías lingüísticas y analíticas a las cuales recurre espontáneamente el orador —cuya formación, por lo menos intelectual es europea— probablemente quedan como letra muerta para su auditorio.

Como todas las lenguas, la ideología corre dos riesgos. Acabo de mencionar el de la banalidad. No hay que olvidar el de la inadecuación que puede conducir a una especie de esquizofrenia que aparta la ideología del mundo que sin embargo ella misma se considera capaz no solamente de interpretar, sino de cambiar.

Pero que un lenguaje pueda volverse insignificante a fuerza de banalidad, o al contrario a fuerza de singularidad, no quiere decir que todo lenguaje sea insignificante. Además, si la ideología es un lenguaje, no hay razón para preguntarse si una ideología es más *verdadera* que otra, como tampoco si el francés es más exacto que el castellano. Pero por lo mismo que las proposiciones verdaderas o falsas pueden expresarse tanto en castellano como en francés, ocurre igual con las ideologías que aceptan, por así decir, indistintamente afirmaciones tontas, extravagancias, contradicciones, inconsistencias, sino también afirmaciones empíricamente comprobables —o simples proposiciones de sentido común—.

Sin embargo, los ideólogos ¿no afirman la verdad absoluta de la ideología que propugnan? Si se pudiera demostrar a un marxista que la "ley" de la "baja intencional de la tasa de la ganancia es falsa", a sus ojos, la "visión del mundo" que se encuentra ahí asociada sigue siendo globalmente verdadera. No carece de razón pensar que si aún cada una de las tesis del gran pensador alemán fuera descalificada una tras otra, ya sea como radicalmente

falsa o como dudosa, la "verdad" del marxismo seguiría siendo absoluta para nuestro marxista. La verdad de la ideología no es verdad de comprobación, sino de evidencia inmediata e implícita. Sobre este punto también, la comparación con el lenguaje puede comprobarse como provechosa. Cada lenguaje pone en relieve ciertas dimensiones temporales, distingue con cuidado relaciones lógicas, descuidadas o confundidas en otros sistemas lingüísticos. Pero no dice nada en cuanto a la frecuencia y a la realidad empírica de estas relaciones. Él nos enseña solamente a ver las cosas en cierta perspectiva, a esperar a que se desarrollen según cierto encadenamiento, que nos sean dadas en determinado orden. Pero es a nosotros evidentemente a quienes nos toca reconocer, entre las diversas categorías que el idioma pone a nuestra disposición, las que son actualizadas en una determinada situación. Diré lo mismo de las ideologías. Ellas nos ofrecen un sistema más o menos coherente y más o menos cerrado, "claves" para percibir un universo social cambiante. Por "claves" considero aquí a los esquemas más o menos explícitos por medio de los cuales percibimos, interpretamos y reconstruimos, en particular nuestras relaciones con el prójimo. Unas son construidas en torno a un tema central y aun único. Otras en torno a un gran número de temas, independientes o hasta contradictorios. El conjunto de estos esquemas es más o menos abierto o cerrado, quiero decir que para un grado de coherencia dado, una ideología se muestra más o menos permeable a los cambios surgidos en el mundo.

Pues a diferencia del lenguaje, las ideologías nos proporcionan información sobre un medio relativamente cambiante puesto que nos ponen en contacto con el sistema de interacción entendido de la manera más amplia.

Podemos comprender ahora por qué desde Karl Mannheim, las ideologías son llamadas "totales" o "globales". Como el lenguaje, constituyen una manera *total* de captar cierta experiencia, aun si no representan una totalización efectiva, menos adecuada todavía de esta experiencia. Ciertas ideologías —el marxismo por

ejemplo— tratan de pasar por semejante "totalización". Pero todas, aun las menos ambiciosas, están llenas, por así decir, de una representación más o menos precisa, más o menos detallada, del universo social y de las relaciones características que lo constituyen.

Falta preguntarse por qué la ideología —que no es más que el lenguaje primitivo de las relaciones sociales— es tratada sobre todo en su variante marxista,[1] como si fuera el fin, o aún el substituto de la ciencia y de la filosofía. La esencia del proceso ideológico cuyos mitos marxistas y postmarxistas "del proletariado", de la "Revolución" etcétera, me parecen buenos ejemplos, es la de tratar cierto número de esquemas parciales relativos, una colección de imágenes inconscientes, como si constituyeran una "referencia intrascendente", un absoluto —un poco como si se tomase la gramática de cierta lengua por la tabla de categorías del espíritu humano—. ¿Cómo explicar esta inversión que nos invita a tomar como saber absoluto las imágenes obscuras y dispares de una lengua vulgar? La cuestión vale la pena de ser planteada. Pues si toda sociedad tiene su ideología (como tiene su lengua, sus costumbres, su cultura) el paso ideológico se da en un momento histórico muy particular, que no todas las sociedades han alcanzado y que algunas tal vez han sobrepasado.

El partido adoptado resueltamente aparece con una intensidad muy sorprendente cada vez que una tarea histórica, es decir particular y contingente, queda confundida con la obligación moral de realizar valores más o menos abiertamente llamados "absolutos". Comencemos por el caso de Europa en los siglos XIX y XX, cuando el socialismo especialmente de inspiración marxista presenta "la liberación del Proletariado" como la tarea suprema de la humanidad y como la verdad absoluta del desarrollo histórico. Tal afirmación se funda en dos evidencias que se refuerzan mutuamente. Primero la conciencia de que cierto orden social no

1 Es cierto que para los marxistas, el marxismo no es una ideología, sino el Saber Absoluto, o a lo menos la ciencia que no puede pasar más allá del horizonte de nuestra época.

existe o que no es viable. En segundo lugar, un sentimiento de urgencia en cuanto a la necesidad de un cambio radical: la Revolución es un imperativo que tiene la prioridad en la lista de las tareas individuales así como en las colectivas. Ahora bien, las luchas de liberación nacional que aparecen tal vez como el movimiento más importante de los últimos veinte años, han dado lugar a un rejuvenecimiento ideológico, que se presta a interesantes comparaciones con aquel que caracteriza al del siglo XIX y principios del siglo XX en el occidente en proceso de industrialización. El sentimiento de que cierto orden social no es viable —en el segundo caso el orden colonial— la conciencia de que a toda costa, en seguida alguien debe pagar el precio, la independencia debe ser reconquistada o conquistada, estas dos convicciones tan generalmente esparcidas hoy entre los intelectuales y los dirigentes de las nuevas naciones, evocan los fervores ya no tan latentes en nosotros del viejo socialismo europeo. El mito de la "liberación nacional" es un hermano menor del de la "Revolución social". Ha sido más fácil, es cierto, construir estados o pseudo estados —teóricamente independientes y soberanos— que organizar "la dictadura del proletariado". Pero en ambos casos, la ruptura con el orden antiguo, la obligación subjetivamente resentida de reconstruir a no importa qué precio un orden absolutamente nuevo, la convicción muy viva de que esta doble tarea negativa y positiva es el más sagrado de los deberes, nos ofrece una base de comparación bastante amplia y sólida.

No es la comparación entre las ideologías de la Revolución social y las de la liberación nacional lo que deseo emprender aquí.

De hecho, busco las transformaciones del partido ideológico adoptado cuando las condiciones que marcaron su nacimiento, desaparecen o por lo menos se atenúan. El estudio de un movimiento como el partido aprista peruano puede proporcionarnos muy interesantes conceptos sobre esta cuestión.

He aquí un partido, fundado en 1924, que en los primeros veinte años de su existencia aparece como esencialmente "ideoló-

gico" en el sentido que he dado a esta palabra. Él fracasa en su mayor ambición, pero sin embargo sobrevive y se consolida como una de las fuerzas esenciales de la vida política peruana. Me propongo despejar las hipótesis esenciales de la ideología aprista cuando se elaboró en los últimos años de 1930, y quisiera probar que el partido estaba más o menos preparado para un juego de tipo dualista que se volvió caduco, a medida que la sociedad peruana se complicaba y se diferenciaba.

Partamos del discurso pronunciado el 23 de agosto de 1931 por Haya de la Torre. Seguramente no es el primer texto que pueda considerar el observador interesado en el análisis de la ideología aprista. En 1931 Haya de la Torre es ya autor de varios libros, numerosos artículos y folletos. Pero el discurso que inicia la campaña presidencial, particularmente animada (se trata de elegir un sucesor al presidente Leguía, que fue depuesto un año antes por un golpe de estado militar cuyo jefe, el coronel Sánchez Cerro, es el principal competidor de Haya de la Torre), constituye una exposición de la doctrina aprista, para el uso de las masas, de una fuerza y de una claridad notable.

El discurso está dividido en dos partes: comienza con un análisis de la situación peruana, después presenta el remedio que el jefe propone poner a los males que describe en su diagnóstico. La exposición clínica está constituida en una serie de antítesis. La primera que destaco desde los primeros minutos del discurso opone a la "vieja democracia verbal" la "democracia auténtica". La "vieja democracia verbal" se nos presenta como la herencia del movimiento de Independencia: "la emancipación de los pueblos sud-americanos estuvo conducida por la clase latifundista criolla que quiso emanciparse del control económico y político de la Corona de España". La República peruana no ha sido a todo lo largo del siglo XIX, sino la fachada detrás de la cual ha continuado haciendo sus negocios la oligarquía criolla. "Entonces tuvimos... un sistema político... que nunca coincidió con nuestra realidad". Desde el punto de vista social y cultural, el Perú de 1931 sigue

siendo colonial y si se prefiere neo-colonial. Desde el punto de vista político está condenado a una especie de "vaivén", de "alternativa entre la tiranía y la anarquía..."

Se puede objetar que este análisis no es muy original. Después de todo, ¿los candidatos al poder no tienen la costumbre de afirmar que "todo marcha mal" y que el "sistema" está corrompido? Pero en el texto que examinamos, esta denuncia tiene un carácter de intransigencia radical que hay que subrayar.

Por una parte —la oligarquía minoritaria por esencia— "ligada a los intereses extranjeros y que... domina y controla el estado". Por la otra la mayoría de la nación, "constituida por los campesinos, los propietarios y la clase media".

Lo que llama la atención en el discurso de 1931 —y creo nuevo— es el *dualismo* que opone la oligarquía al resto de la nación. No sólo es cierto que esta mayoría es muy heterogénea y está muy dividida. El campesino de los Andes, el obrero agrícola, el empleado de banco o el funcionario orgulloso de vivir en Lima y que ve con desprecio a los *serranos* tienen muy poco en común, sino que habiendo sido mantenidos fuera del poder por la oligarquía, son "extranjeros en su propia nación". El fin proclamado por Víctor Raúl es hacer de estos semi-ciudadanos —que son más bien súbditos que ciudadanos—, "Peruanos completos".

Entre el orden neocolonial antiguo —por destruir— y el orden democrático —fundado en la participación de las "mayorías nacionales" con poder de decisión— que los apristas proponen construir, hay una diferencia de naturaleza o de esencia, un corte dramático. Encontramos de nuevo un dualismo tan tajante cuando tratamos de caracterizar a la economía peruana, cuya situación explica, según el orador, el caos en que se debate el país. "La economía nacional tiene dos aspectos... el aspecto propiamente nacional y el aspecto de nuestra economía vinculada a intereses extranjeros." ¿Cómo calificar al sector "extranjero" de la economía peruana? Por su dependencia. Ella "depende de un sistema mucho más organizado y naturalmente más sistematizado..." Pero

Víctor Raúl invita a su auditorio a ver esta dependencia como tan "fatal como un hecho físico". Si una fuerza se esparce al exterior —el capital extranjero en metálico no encuentra resistencia— continuará su expansión hasta que se limite por sí misma. La dependencia peruana respecto al capital extranjero es la contrapartida de la "expansión espontánea" de los pueblos más desarrollados en materia técnica, hacia los menos desarrollados.

También en una economía como la de Perú, el sector dominado por el extranjero es el sector moderno. El motor del desarrollo nacional es vigilado por los extranjeros exportadores no solamente de capitales, sino de técnicas. La misma tesis es presentada bajo una forma muy semejante cuando Víctor Raúl opone el "tractor" símbolo del sector moderno y extranjero, al "arado de palo" —que simboliza el sector arcaico y nacional—.

Me detengo aquí para señalar que esta oposición —el modernismo dependiente contra la autarquía anacrónica— resuena sobre el primer par —las "mayorías nacionales" contra "la oligarquía"—. Ésta es a la vez arcaica y moderna. Puede ser llamada arcaica si la confundimos con la clase de los grandes propietarios del interior del país. Pero es moderna si consideramos a los capitalistas de la costa, exportadores de azúcar y algodón. Es cierto que esta agricultura de exportación trabaja para mercados extranjeros sobre los cuales están "dominados" los intereses peruanos. También se puede descalificar a los oligarcas con el pretexto de que están "ligados en parte con el extranjero". Pero es a través de ellos, si no gracias a ellos (puesto que son ampliamente pasivos, y se contentan con resistir a las incitaciones del capital extranjero), que lo moderno —por lo menos en el dominio de la técnica y de la economía— penetra y se insinúa.

En un país radicalmente dividido entre un sector moderno y un sector arcaico, entre un sector indígena y un sector más o menos occidentalizado, entre una masa privada de todo poder y una élite poderosa ¿qué hacer? La principal dificultad proviene de que las diversas oposiciones que hemos descrito se super-

ponen y se destacan. Todo sería sencillo si el sector moderno se confundiera con las "mayorías nacionales". Ahora bien, esto no ocurre. La masa de la población es iletrada y casi improductiva: apenas obtiene lo estrictamente necesario para su subsistencia. Una segunda dificultad agrava la primera. Casi no se puede contar con el sector moderno para emprender espontáneamente la modernización del país. Perú no es un país industrial, hay pocas posibilidades de que se convierta en industrial en breve plazo. "No somos pueblo industrial porque no hemos creado la máquina; solamente manejamos la máquina que nos viene de fuera." La única forma de industrialización susceptible de aclimatarse en el Perú sufrirá siempre tres limitaciones: Primero es una industria de colaboración que reposa sobre la explotación y la exportación de materias primas. En segundo lugar, es una industria que no puede contar más que con un mercado interior limitado. En tercer lugar, nuestro proceso de industrialización no puede ser sino lento, porque la industria hace su aparición entre nosotros en una época en que la demanda de los productos manufacturados es estacionaria o decreciente. A la pregunta: ¿qué hacer? hay que responder pues: nada, o permita. Tal respuesta es evidentemente inaceptable. Lo es a causa del carácter espontáneamente expansionista del imperialismo de los países desarrollados. El texto que examino no manifiesta ningún resentimiento contra los "imperialistas". Después de todo, el imperialismo es un "fenómeno natural, como la expansión del gas en el vacío". No hay que imputar pues la malicia o la perversión de los extranjeros. Hasta se puede rendir homenaje a sus intenciones. No impide que el único hecho de la desproporción física entre el dominante y el dominado baste para hacer de todo contacto entre los dos una prueba de fuerza que puede ser fatal para el segundo, "como una transfusión sanguínea de un organismo fuerte a otro débil. . . si era excesiva provocaba hemiplejía o parálisis general". Esta imagen sobre los riesgos de la transfusión basta para advertirnos que la industrialización no se hará sola, y que no podría

descargarse de este cuidado en los extranjeros. Pero esta respuesta negativa oculta una respuesta positiva. Si la industrialización no se hace por sí misma, a través de un proceso de industrialización maniobrado y modulado por una afluencia de capital venido del exterior, es que la *modernización* es ante todo una tarea política previa. El cambio no es un proceso espontáneo. Debe ser consciente y controlado. No puede ser conducido a buen fin sino mediante el esfuerzo de todas las categorías progresistas y productivas. El primer objetivo es entonces construir un estado o como dice Víctor Raúl "peruanizar el Perú". El Estado peruano hoy, no representa los intereses de la mayoría nacional. Es un instrumento de represión y de opresión al servicio de la oligarquía y de los extranjeros frente a los cuales deja a los productores nacionales desamparados. El objetivo es construir un "Estado de participación de todos los que en una forma o en otra contribuyen con trabajo, es decir, a la formación de la riqueza nacional". Este "Estado de participación" será moderno, "científico": los "técnicos" tendrán ahí un lugar de honor. Pero lo que importa subrayar es que al pretender asociar a *todos* los peruanos a la ejecución de un gran designio, hacer del país la cosa de todos, peruanizar al Perú, los apristas consideran romper con el orden neocolonial anterior que trataba de mantener aparte a la masa de la población, en provecho de algunos. Este proyecto, político por excelencia, es el negocio de un *partido,* de emprenderlo y de llevarlo a buen fin.

La naturaleza de este partido, deriva de la naturaleza de la sociedad peruana. Se nos ha descrito a ésta primero como dualista: las masas se oponen ahí a la oligarquía. Pero las "masas" son heterogéneas, y no tienen ni intereses ni propósitos comunes.

El proletariado es "joven", tan joven que Víctor Raúl lo compara con un "niño [que] siente dolor. . . protesta por el dolor; sin embargo un niño no está capacitado para dirigirse por sí mismo". Los campesinos son aún analfabetos y casi inconscientes de la unidad del cuerpo político, al que pertenecen por derecho más que

de hecho. Las clases medias son dependientes, porque sus miembros trabajan para los extranjeros, o para la oligarquía local. Un partido que se asigna como tarea la modernización radical del país, no puede apoyarse exclusivamente en ninguno de estos grupos —ni siquiera, naturalmente, en el proletariado—. Él debe confederarlos, asociarlos "descubrir lo que hay de común en los problemas comunes a las tres "clases" (que constituyen la mayoría nacional)". El partido que "insurge absolutamente de una realidad económica nacional" no representa a ninguna clase en particular, es el intérprete y el árbitro del interés de *todas* las categorías sociales con excepción de la oligarquía. La ideología aprista instituye un dualismo radical entre las "masas —o las "mayorías nacionales"—, y la "oligarquía". Este dualismo se expresa en plan simbólico y en plan estratégico. El par de símbolos que da consistencia y legitimidad a la empresa aprista, es cierta imagen del partido (positiva evidentemente) que se opone término a término a una "contra-imagen", a un contraste, constituido por la oligarquía y los políticos civilistas. El fin del partido es "la movilización de todos los que hasta ahora han sido hechos a un lado en la conducción de los negocios del estado, y que hoy tienen la intención de hacer valer sus derechos y consideran que este derecho sea respetado".

Esta movilización política de las "masas" es inseparable de la promoción indígena. Es cierto que en este discurso de 1931, Víctor Raúl es completamente discreto respecto al problema indígena. No hace mención de él más que una vez en el desarrollo que consagra a las fuerzas armadas, para exaltar de paso a la "gran raza indígena que es nuestro deber liberar". Pero el tema indigenista y hasta la expresión de "Indo-América" son desde esta época frecuentes en la literatura aprista. La imagen del indio que se trata de integrar en la comunidad nacional, combina cierto número de rasgos que constituyen ingredientes indispensables a la ideología aprista. Primero, el indio es una víctima. Él ha sufrido siglos de opresión colonial, y su suerte más bien se ha agravado

desde la independencia. Pero el indio ha sobrevivido a todas las pruebas. Porque ha sabido mantener una especie de lazo místico con su tierra y su tradición una y otra encarnadas en la *comunidad* —el indio es testigo de una permanencia indestructible—. Los valores que el indio simboliza no son solamente biológicos. Él encarna también la certidumbre objetiva de la supervivencia, y la urgencia subjetiva de la reivindicación justiciera.

En cuanto a los medios que se ofrecen para la realización del gran proyecto aprista, éstos son en primer lugar morales, en el sentido que esta empresa requiere la formación de un núcleo de militantes dedicados apasionadamente a su ideal. He aquí una lista de las principales virtudes del militante aprista tal como las deduzco del discurso de 1931. 1) el "entusiasmo para despertar y convencer" 2) "La disciplina", es decir el respeto a las obligaciones frente a los compañeros de lucha; 3) el realismo (marchar "con los pies sobre la arena y mirando muy de cerca nuestra realidad") 4) La moderación, es decir el control de las emociones (no dejarse arrastrar a extremos inútiles). Estos rasgos forman una imagen en la que se esboza una pretensión característica a la autonomía: pretensión a la fuerza primero. "Nosotros somos un organismo independiente; no necesitamos pedir ayuda a nadie. . . nosotros no necesitamos ni el oro ajeno ni la protección ni la ayuda" ("Cada día debemos sentirnos más fuertes, más seguros") Enseguida una intransigencia doctrinaria muy cerca a lo que Weber llamaba la ética del razonamiento, *gesinnungsethik:* "preferiríamos ser derrotados a sacrificar lo que hay de moral y de puro en nuestro movimiento".

En tercer lugar la pretensión a la ejemplaridad: "nosotros queremos dejar en el país la imagen de un partido que ha levantado con la pura fuerza, el entusiasmo popular. Queremos que el monumento que deje nuestro partido en la Historia sea de la talla de los que han dejado las grandes empresas que nunca nada ha podido borrar de nuestra memoria".

Finalmente, la pretensión al heroísmo, es decir, la determina-

ción de aceptar el reto de la Historia: no solamente el interés por la ejemplaridad, sino también la ambición de igualarse a los más prestigiosos modelos y si es posible, hacerlo mejor que ellos: "Somos los herederos de González Prada. Y sabemos bien que Prada no pudo llegar a la Presidencia de la República, como tampoco Nicolás de Piérola. . . , queremos que esta aventura no se repita. . ."

Moralismo, voluntarismo, idealismo, tales son los valores del aprismo. En cuanto a la oligarquía civilista,[2] ¿Cómo la caracteriza Víctor Raúl en su discurso de 1931? Primero, ella carece de legitimidad: no puede justificar su poder, ni la manera como lo ejerce.

En segundo lugar, sólo piensa en su propio interés, no tiene la más mínima sensibilidad social, ni la menor preocupación por la grandeza nacional. En el movimiento de Independencia, no ha visto sino una ocasión de quitarse las trabas que le imponía la administración colonial española. Finalmente, ella es oportunista y cínica. Sus dos medios de gobierno son la corrupción del sufragio por medio del fraude electoral, y la seducción de los jefes militares que corrompe en caso necesario, "para restablecer el orden", es decir para confirmar su preponderancia. La oposición entre el partido y los "viejos políticos" es tan radical que no es posible ningún compromiso: "no tenemos ni podemos tener vinculación alguna con ninguna de las fracciones políticas que han actuado o actúan en el país. Nosotros somos un organismo independiente. . . En una palabra, el apra no cuenta más que con su propia fuerza, y se presenta a la vez como el salvador, y el único salvador posible (sólo el apra salvará al Perú), y hasta su triunfo, como el campeón de una oposición incondicional. Al colocarse en este papel, el apra pretende a la vez un absoluto negativismo y un positivismo total. Él se hace pasar por absolutamente negativo, puesto que rechaza toda idea de compromiso con el adversario. Se

[2] La palabra civilista se aplica a los miembros del "partido civil" fundado en 1872 por Manuel Prado, el ideal civilista está bien expresado por la palabra de Basadre sobre la república aristocrática.

hace pasar por absolutamente positivo, puesto que se identifica con las mayorías nacionales, cuyo interés se confunde con el suyo.

La ideología aprista llena una triple función. Primero provee al aprista, como individuo, de una referencia, una *identidad*. Al pedirle disciplina, dedicación, valor, le entrega a cambio una imagen de sí mismo que le devuelve la estimación de sí. Ella lo separa de la masa de los *"vivos"*, de los *criollos*, de esta turba de *"baja peruanidad"*, sobre la cual Víctor Raúl lanza su desprecio. Pero correlativamente ella lo incorpora a un grupo del que aprende a volverse solidario: "aprista, ten orgullo de tu partido": Orgulloso de sí, reconocido por los "compañeros" "como un combatiente de la buena causa", él recibe finalmente de la ideología aprista un mínimo de información sobre el mundo político, sus leyes, sus mecanismos. Él tiene, a lo menos por participación con el *líder máximo* (que no es solamente un hombre de acción, sino un pensador y un filósofo), la ciencia de la acción revolucionaria y de la evolución de las sociedades.

Armado de esta triple certidumbre, teórica, práctica y personal, el aprista está presto para el combate, "¡Apristas a luchar!" Esta palabra guerrera expresa la forma más radical del dualismo aprista: "Ellos o nosotros". Esta consigna abrupta está justificada por una "racionalización" pseudo-lógica. Para modernizar al país, hay que movilizar a las masas contra la oligarquía. Desde el punto de vista de la motivación, el dualismo expresa la necesidad de oponerse, para ser reconocido: [3] "Ellos o nosotros", "todo o nada". Pero la fórmula va a ceñirse al apra como la más implacable de las túnicas de Nessus. Al ponerse él mismo "aparte", el apra se expone a dejarse aislar por sus enemigos. Él no es "un partido como los otros". Está bien, pero cada uno de estos rasgos, de que se enorgullece como uno de los signos de su elección, se vuelve contra él como prueba de su esencial perversidad. La pretensión de constituirse en una fuerza de oposición que no transige, es

[3] Es así como interpreto la palabra "sublevarse" (levantarse, hacer frente) que Víctor Raúl emplea en su discurso de 1931.

denunciada como una rebelión, y más grave, como la incitación de masas analfabetas y bárbaras. El llamado a la solidaridad "indo americana" es tratado como un índice de la complicidad tenebrosa del apra con "el comunismo internacional" —aunque Víctor Raúl se haya opuesto violentamente desde 1927, a la vez a los dirigentes de Moscú, y a los de sus compatriotas, como Mariátegui, que iban a convertirse en los fundadores del movimiento comunista peruano—.

Pero de estos múltiples "cambios en pro o en contra", el más característico es el concerniente a la manera como son presentados por sus adversarios los valores democráticos a que apelan los apristas. He insistido en la pretensión moralizadora del apra. "Virilidad", "disciplina", lealtad al partido, abnegación al jefe, *el lider máximo,* todas esas virtudes que son reputadas, hacer del aprista un "hombre completo" (*de la cintura para abajo* según palabras de González Prada, que Víctor Raúl gusta de citar), son vistas con burla por los enemigos del partido, pues se prestan a una doble depreciación psicológica. Primero se dirá que esta pretensión es ridícula, y los jóvenes combatientes del batallón sagrado serán designados burlonamente con el nombre de "dorados", o bien, se tomará como argumento su beligerancia y serán designados con el marbete de "matones" (tueurs) o de "búfalos" (fiers à bras). Estas expresiones rinden cuenta del proceso de inversión por el cual las imágenes positivas (sacrificio a la colectividad, valor, disciplina) son transformadas en imágenes negativas (egoísmo, narcisismo y sensualidad vistas a través del epíteto ambigüo de "dorados", violencia ciega al servicio de un jefe neroniano evocada por la acusación de "matones" y de "búfalos").

El esquema dualista, que como lo hemos visto, se analiza en un complejo de oposiciones no equivalentes,[4] da a la ideología aprista su consistencia y su eficacia. Pero el apra no ha tomado

[4] Así, la oposición masas élites no se reduce a la oposición apra antiapra más que por el artificio de la propaganda, que hace como si el partido fuera el vocero, y el único de las "mayorías nacionales".

el poder. No ha llegado a él ni por la elección, ni por la insurrección, ni por el compromiso y la transacción. Es cierto que el partido, si no ha triunfado, ha sobrevivido. Y nos es preciso ahora tratar de explicar la experiencia aprista de la larga paciencia —tanto más instructiva cuanto que se acompaña de una transformación en el estilo ideológico del partido—.

¿Por qué no cumplió la ideología dualista la función que le había sido asignada por el jefe aprista en el proceso de movilización? Esencialmente porque en la sociedad peruana, tal como estaba en 1930, un ataque frontal contra la oligarquía por las masas, aun si estas hubieran sido dirigidas por un partido de revolucionarios competentes, era una operación en extremo arriesgada. De hecho, el dualismo aprista expresaba un proyecto del tipo "como si", tanto más cuanto que no enunciaba, ni siquiera a título de hipótesis, un vistazo sobre la realidad peruana. Por otra parte, en el discurso de 1931 que analicé antes, Víctor Raúl distingue "tres clases" (los campesinos, los obreros, las clases medias) que el partido aprista tiene como misión federalizar. Estas "clases", por diferentes que sean en particular, por el carácter más o menos moderno de las actividades a las que se entregan sus miembros, son calificadas todas como "productivas".

¿La oligarquía, por su parte, es una? Víctor Raúl no distingue siempre entre el "latifundio" feudal del interior y la plantación costera del tipo capitalista. De cualquier modo, los grupos sociales que participan en el proceso de producción son por lo menos cuatro y tal vez cinco. El dualismo al que se refiere Víctor Raúl no está entonces dado: está por construir. La coalición de las "mayorías nacionales" contra la oligarquía no existe sino a título de proyecto político.

Veo en el fracaso relativo [5] de esta empresa —el partido aprista permanece excluido del poder de 1931 a 1945— varias causas que voy a exponer según un orden cualquiera, sin pretender de ningún modo jerarquizarlos. Lo más notable es que el apra ha

5 Vamos un poco más lejos porque este fracaso no es más que relativo.

chocado con el ejército —del cual no logró sino tardíamente levantar el "veto" contra él mismo y su jefe—. Sin embargo en su discurso de 1931, Víctor Raúl toma todas las precauciones para mitigar las prevenciones de los militares. Él les asigna como tarea "defender el honor y la integridad de la nación y garantizar la soberanía de la ley". Exalta la misión educadora del ejército que "debe integrar al indio a la comunidad nacional, participar en la fructificación de los territorios de Amazonas": muy bien. Pero al subrayar el carácter técnico y pedagógico del ejército, al insistir en la parte que le corresponde en el equipo y la modernización, invita a los oficiales a "permanecer apartados de la política". Una especie de contrato se les ofrece implícitamente: a cambio de su neutralidad, o más bien su neutralización, los honores y las ventajas —que corresponden a un "gran cuerpo técnico y moral"—, no le serán escatimados. ¿Este arreglo puede seducir a generales, a coroneles que aspiran a ocupar los más altos cargos del estado? tanto menos cuanto que Víctor Raúl se expone a la sospecha de querer levantar a la tropa contra los oficiales, cuando hace notar que desde el punto de vista del origen de las clases "los soldados son trabajadores, campesinos, gente cualquiera".

Diversos episodios —como la famosa insurrección de Trujillo en julio de 1932— opondrán al ejército y al apra en una lucha sangrienta. Y el punto de honor de los grandes jefes militares estará empeñado en que el apra sea mantenido aparte, y puesto fuera de la ley. Será necesario esperar hasta 1945 para que el veto sea levantado —parcial y provisionalmente—. Parcialmente puesto que según el compromiso de 1945 si el partido aprista legalizado se asegura la mayoría en una de las dos cámaras del Congreso, su jefe Víctor Raúl consiente no solamente en no ser candidato a la Presidencia de la República, sino en sostener la candidatura de un moderado, José Luis Bustamante Rivero; provisionalmente puesto que desde octubre de 1948 después del fracaso de la insurrección de Callao —desencadenada por los apristas, pero desapro-

bada inmediatamente por las altas instancias del partido— el apra fue de nuevo proscrito hasta 1956.

La segunda dificultad que encuentra la empresa aprista tiende a la debilidad de los movimientos reivindicadores. Para amotinar y federalizar a las "mayorías nacionales" es necesario contar con un mínimo de conciencia reivindicadora entre los "explotados". Ahora bien, en los años de 1930, la población obrera activa (mineros, peones camineros, trabajadores de textiles) no debe llegar a 300,000 personas. Ella está concentrada en la región de Lima para los textiles (con algunos establecimientos en Cuzco y sus alrededores). En cuanto a los mineros, ellos están en su gran mayoría agrupados alrededor de Cerro de Pasco; y probablemente alrededor de 30 por ciento de entre ellos están diseminados en pequeñas minas de las cuales cada una no emplea más de cincuenta trabajadores. La base "proletaria" sobre la cual puede apoyarse un movimiento radical es aún extremadamente estrecha. Es cierto que desde los primeros años del siglo, los trabajadores textiles han organizado huelgas eficaces (en Vitarte, en los arrabales de Lima). Los estibadores de Callao han sido también igualmente activos. Y en 1919, una huelga general había sido organizada en la capital. Pero como lo ha visto muy bien Haya de la Torre, y como lo ha subrayado en su polémica contra Mariátegui, no hay en esta época clase obrera peruana. Por otra parte, la masa de campesinos autóctonos continúa aparte. Los primeros "indigenistas" llaman la atención sobre las crueldades de los *gamonales*, los grandes propietarios de la sierra. Pero el movimiento de "reivindicación del indígena", si excita de una manera eficaz la indignación de los estudiantes, de los mestizos, de la clase media, no parece encontrar mucho eco entre los indígenas mismos. No veo ningún signo más que en los años de 1930, de que la agitación agraria se haya desarrollado particularmente ni que haya cambiado de naturaleza o de forma. Todo inclina a creer que la predicación aprista ha sido muy poco eficaz en el mundo indio de la sierra.[6]

6 Un episodio como la insurrección en que la ciudad de Huancavélica fue sitiada

Otra cosa sucede con los trabajadores agrícolas de la costa: los *peones* de las grandes *haciendas* azucareras —en particular alrededor de Trujillo— se organizan de una manera más o menos clandestina. Los *yanaconas* —especie de aparceros establecidos de manera perpetua— se hacen agresivos, especialmente en el valle algodonero de Chancay.

Pero la reivindicación de los trabajadores del azúcar, de los aparceros de Chancay, o de los pequeños productores de algodón, no es todavía en los años de 1930, una reivindicación radical. Se trata de salarios, de condiciones de trabajo, de tiempo y condiciones de alquiler de la granja. No es fácil transformar estas peticiones de tipo reivindicativo en un movimiento auténticamente revolucionario. En los años de 1930, el único episodio dramático registrado en la costa, fue la insurrección de Trujillo, que antes de levantar la ciudad y la guarnición —toma su punto de partida en la *hacienda* azucarera de Laredo— ella será reprimida con la máxima energía por el ejército, cuyos jefes esperan a la vez "dar un ejemplo" y vengar a los soldados y oficiales muertos durante la insurrección.

El tercer factor que contribuye a frenar el movimiento radical, es la destreza de la oligarquía en materia económica. Las autoridades monetarias con el fin de evitar el control de los cambios, aceptan una considerable devaluación del "sol" pero logran mantener un volumen de exportaciones que basta para mantener el sector moderno de la economía. En los años de 1930, la oligarquía peruana prueba que es capaz de resistir el golpe.

En una palabra, el dualismo radical de su ideología ha conducido al apra y a su jefe a juzgar mal la vitalidad de las fuerzas conservadoras. Una serie de torpezas, algunas iniciativas infortunadas como el asalto contra la guarnición de Trujillo, volvieron al ejército contra el apra.

Además, la sobreestimación del potencial reivindicativo, y la

en 1936 apoya esta interpretación, mientras los artesanos se levantaban, las comunidades indígenas permanecen fuera del movimiento.

subestimación de la oligarquía y de sus recursos, lanzaron al apra en la aventura de un ataque frontal que se ha transformado en una larga y costosa guerra de posición. Por quince años, el apra se ha encontrado aislado, atacado por la coalición de todos sus adversarios. Esta situación está bien descrita bajo el nombre de "cargamontón" —todo el mundo cayendo con toda su fuerza sobre el individuo aislado que se ha señalado en la animadversión general, por su debilidad o por su arrogancia—. Al apra se le designa como la "secta", o aún como la "horda". El primer término le reprocha su exclusivismo, su negación al compromiso. La acusación contenida en el segundo término es más grave aún. El apra desencadena los instintos primitivos de la horda.

Si la historia del apra en los años de 1930 es la historia de un fracaso, puesto que el partido y su jefe no tomaron el poder, es también la de un éxito, ya que el partido sobrevivió a la proscripción y a la persecución. Las razones de esta supervivencia son a la vez internas y externas.

Al proponerles la adhesión a un partido y la obediencia a un jefe, tranquilizaba a los militantes sobre sí mismos. Pero la supervivencia del partido se explica también por el hecho de que no ofreciéndose ninguna alternativa a la juventud radicalizada, disponía de una especie de monopolio ideológico. La debilidad del partido comunista en los años de 1930 —que procede a la vez del pequeño número de sus adeptos y de la falta de jefes, capaces por su prestigio de balancear la atracción carismática de Víctor Raúl— explica que el apra no haya perdido sino muy pocos de sus militantes en favor de sus rivales de la extrema izquierda. De hecho, para un radical, durante este período, la alternativa está entre la abstención de la acción política o la participación en el apra.[7]

Si tratamos de evaluar la experiencia histórica del apra durante los años de 1930, notamos que la ideología dualista ha sido

[7] Los jóvenes radicales, decepcionados por la izquierda, no tienen, como en Europa, la posibilidad de adherirse al fascismo. Las variantes peruanas del fascismo están claramente ligadas a la vieja sociedad neo-colonial.

maravillosamente eficaz para forjar un partido reunido en torno a su jefe, pero que no le ha permitido resolver el problema de la conquista del poder. El proyecto dualista ha desconocido la autonomía de grupos (como el ejército) que no se han dejado influir o manejar, y que han actuado de nuevo con vigor en una empresa que percibían como dirigida contra ellos. Él se ha topado con la indiferencia de las masas indígenas, con la dificultad de movilizar con fines políticos, categorías ya medianamente diferenciadas —como los mineros o los asalariados de la agricultura capitalista—; con la flexibilidad de una oligarquía coaligada con el ejército en nombre de la solidaridad anti-aprista, y capaz de asegurar más o menos el funcionamiento del sector moderno de la economía. Y la guerra relámpago, *blitzkrieg* se tornó en guerra de posición.

El desarrollo del movimiento aprista, da por resultado en el Perú de los años de 1930, un bloqueo de las fuerzas en pugna con un reforzamiento de las defensas conservadoras que responden con una energía feroz a la creciente agresividad de la oposición radical.

La vida política durante quince años estará congelada, aunque bajo la capa de hielo, las corrientes más diversas continúan pasando y mezclándose. Quisiera analizar las reacciones y las transformaciones de la conciencia ideológica cuando descubre que las murallas no caen por sí mismas ante las órdenes de Josué.

Primero la imagen del Poder sufre un letargo que altera profundamente el sentido. Desde su discurso de agosto de 1931 y desde el exordio, Víctor Raúl emplea varias veces la palabra "responsabilidad" para caracterizar el concepto que tiene de la "verdadera democracia". "El político debe comportarse como individuo responsable." Esta noción integra dos elementos: primero la "responsabilidad" del político se opone a la "frivolidad", al egoísmo del político. El político "responsable" reconoce las obligaciones frente a su pueblo: él tiene una misión —"peruanizar el Perú"—. En segundo lugar, la responsabilidad del político se opone al empirismo, al oportunismo del político.

Tenemos ahora el discurso de diciembre de 1931, pronuncia-

do en Trujillo, el mismo día en que el adversario de Víctor Raúl, el coronel Sánchez Cerro, tomó posesión de la presidencia de la República. No solamente las dos orientaciones racionalistas y moralistas que he distinguido se encuentran ahí y fuertemente acentuadas, sino que son ilustradas por la distinción capital entre "mandar" y "gobernar". "Gobernar no es mandar, no es abusar [de su poder]. . . gobernar es conducir, es educar, es ejemplarizar, es redimir." Y más adelante: "A Palacio llega cualquiera, porque el camino de Palacio se compra con oro o se conquista con fusiles. Pero la misión del aprismo era llegar a la conciencia del pueblo antes que llegar a Palacio."

No tendría caso rechazar este texto invocando al zorro y las uvas: "están demasiado verdes y buenas para los granujas". Es cierto que tales resoluciones convienen más a un día de prueba que a un día de triunfo. Pero la denuncia del poder como orden está acompañada de una valoración del poder como pedagogía: "ilustrar, guiar, educar", y como aptitud ejemplar a la abnegación y al sacrificio. De hecho esta oposición marca una substitución: desde el punto de vista *egoísta,* "mezquino" de los que desean el poder por las ventajas que podría aportarles, es preferible el punto de vista de largo plazo. El problema de la supervivencia no se reduce a salir de un mal paso. Consiste para una organización como el apra, en conquistar su autonomía en relación a las condiciones de su propio crecimiento. Esta invulnerabilidad puede obtenerse de varias maneras. Dentro del partido —sobre todo cuando está proscrito— debe estar en condiciones de proporcionar a sus adeptos clandestinos las satisfacciones psicológicas que los unen a él, y les hacen de todo abandono una deserción cuyo solo pensamiento es degradante. Pero para ser invulnerable, el partido no debe solamente asegurarse una lealtad incondicional. Debe también convencer a sus enemigos de que pierden su tiempo en dar por segura su ruina o su disolución. Si se llenan estas dos condiciones, el partido puede renunciar sin perjuicio a las esperanzas de un ataque frontal, de una hendidura que de un solo

golpe lo pondría a merced de sus adversarios. Él puede convertirse de nuevo en corto o en largo plazo.

El largo plazo enseña la "serenidad" —la famosa "serenidad aprista"— a la que Víctor Raúl se refiere como a una de las virtudes capitales del político. La primera condición de la serenidad, es la paciencia. Se admitirá primero una paciencia pasiva —estaría uno tentado a decir biológica, la de los minerales, o aún la de los seres vivientes, cuyo ciclo repite la impasibilidad sideral— y contra la cual nada podría prevalecer. Esta primera forma de paciencia es invocada también por Víctor Raúl, que toma la palabra de Keyserling: "la tristeza optimista". Tristeza puesto que los acontecimientos defraudan a menudo lo que esperamos; pero optimista, puesto que lo más sutil, la malicia, el egoísmo, la ceguera, no dirán la última palabra. Es por lo que aún en las peores horas de la persecución, el aprista es "un hombre contento". Pues los apristas están seguros de vencer si saben esperar. Pero les es preciso disfrutar de todas las ocasiones que se les ofrecen. La paciencia no enseña solamente el dominio de sí, exige del sujeto que tome una actitud activa frente al acontecimiento. El partido, y su jefe, deben estar preparados para toda eventualidad. En todo momento puede surgir lo imprevisto. Durante los años 1933-1939 que corresponden al gobierno del general Benavides, la muerte de un solo hombre, el general presidente, ¿no habría bastado para cambiar muchas cosas?

La serenidad aprista, es la sangre fría de un jugador con nervios de acero, quien seguro de la victoria final, no deja jamás de asegurar las ventajas tácticas que le ofrece el desarrollo de la partida. Estas fórmulas, esparcidas en los escritos de Víctor Raúl durante los años de proscripción, llenan una doble función. En el plan más explícito, significan que a pesar de todas las decepciones, el combate continúa, que continuará hasta el fin, y que en todo instante puede ser ganado. Pero ellas tienen también un sentido menos claro; si interpreto bien a Víctor Raúl, significan que la victoria sólo puede ser obtenida si se forman alianzas, sea con ca-

maradas de senda o con antiguos adversarios, o aún con adversarios declarados actualmente y en armas. La serenidad no es ya solamente una calidad moral: es el arte político por excelencia —el arte de negociar—.

Antes de detenernos en esta transformación esencial, quisiera analizar tres tipos de situación. La regla de serenidad exige primero del aprista que mande hacer lo que le repugna y que busque activamente el contacto con individuos o grupos contra los cuales ha combatido antes. De 1933 a 1945, el partido subraya que está siempre dispuesto a sostener a no importa qué gobierno que se comprometiera a dos condiciones: 1) abrogar las medidas represivas contra el apra y 2) organizar elecciones libres en el más breve plazo.

Esta moderación tendía a atraer a conservadores, no apristas o aún a anti-apristas, que su prolongación indefinida apartaba del régimen militar, a entrar en conferencias con el apra. La operación —una revolución de palacio dirigida por el coronel ministro del interior, contra el general-presidente, con el apoyo de ciertos intereses conservadores y en combinación con el apra—, fracasó en febrero de 1939. En caso de éxito, los apristas hubieran obtenido la legalización de su partido ¿y las elecciones libres que reclamaban? ¿O bien, el régimen militar se hubiera prolongado bajo otro nombre? En todo caso, al presentar peticiones tan razonables, el apra se designaba como un interlocutor con el que los eventuales sucesores del general Benavides debían tratar, si querían dar a su régimen cierta apariencia democrática.

No basta para el partido encontrar aliados —aunque con tales asociados precarios, la desconfianza, o al menos la prudencia, se imponen; aun si esta asociación no está destinada a durar más tiempo que el interinato de un gobierno provisional—. El partido debe estar preparado para concluir arreglos públicos y permanentes con los adversarios que ha combatido más ardientemente. Tres características distinguen esta especie de negociación. Primero la publicidad. No se trata ya, como en el primer caso, de buscar de

nuevo y establecer contactos —cuya realidad puede ser desmentida siempre—; hay que comprometerse frente a todos, principalmente los militantes cuyo fervor ha sido mantenido gracias a la afirmación repetida cien veces de que el apra "no es un partido como los otros", que no tiene nada en común con esas organizaciones oportunistas que transigen con los principios para tener su parte de los beneficios del poder. Finalmente es necesario hacer alarde con los enemigos, de los cuales se busca de nuevo la colaboración, o se acepta el arbitraje. Dos veces por lo menos, se ha presentado esta situación a los dirigentes apristas. En 1945, el apra fue legalizado después de un compromiso. El partido sale de las "catacumbas". Presenta sus listas de candidatos para la Cámara y el Senado; pero Víctor Raúl acepta no ser candidato a la Presidencia de la República y sostener a un abogado conservador, José Luis Bustamante. Y la operación es conducida en secreto por el general Benavides —quien durante su presidencia había mantenido al partido fuera de la ley. . .— En 1956, se reproduce el mismo caso. El apra, proscrito nuevamente después del motín de octubre de 1948 en Callao, vuelve de nuevo a escena. Uno de los tres candidatos presidenciales, Manuel Prado, se compromete a legalizar otra vez al partido, que asegura una ayuda indispensable a su asociado, el mismo Manuel Prado, quien durante su primera presidencia de 1939 a 1945 había tratado de obtener la represión contra el apra comprometida tanto por el general Benavides. . .

Negociar con adversarios —cuando se hace de la intransigencia la primera virtud, o aun con antiguos perseguidores que tal vez han tratado de asesinarlo,[8] que en todo caso han mantenido en prisión y mandado ejecutar a muchos de vuestros partidarios —es también negociar de manera fría. Después de todo, entre 1939, fecha en que Benavides concluye su mandato, y 1945, fecha en que bajo su égida es elaborado un compromiso que legaliza al apra, ha llovido mucho. Y también el Prado que se entiende en 1956 con los apristas, no es el que les perseguía entre 1931 y

[8] Víctor Raúl escapó —durante la clandestinidad— a varios atentados.

1945. Pero en lugar de antiguos adversarios, o de antiguos perseguidores, suponemos que habremos de tratar con el enemigo en campaña. Es la situación en que se encuentran el apra y su jefe al día siguiente de las elecciones de junio de 1962. Según las cifras oficiales, Víctor Raúl está a la cabeza, con una muy ligera ventaja sobre sus competidores a la Presidencia de la República. Pero el estado mayor del ejército habla de "irregularidades" y de "fraude" y todo parece indicar que las elecciones van a ser anuladas. Víctor Raúl ofrece entonces retirarse bajo dos condiciones: primero la legalidad del apra no será discutida; en segundo lugar, las elecciones que dan una sólida representación a los apristas en el Congreso no serán anuladas. ¿A quién se dirige este ofrecimiento? A la vez a los competidores de Víctor Raúl, pero también sobre de ellos, al estado mayor del ejército.

Negociar en tales circunstancias —¿Víctor Raúl tiene derecho a considerar las normas de la ética aprista?— Es la cuestión que se plantea en su memorable discurso del 9 de julio de 1962. Si, hay que negociar, responde Víctor Raúl, pero deben ser llenadas algunas condiciones esenciales. Es necesario primero que la negociación no aparezca como una confesión de debilidad, o más bien, es necesario que de la prueba de la negociación salga consolidada la fuerza del partido. Ahora bien, el simple hecho de que el estado mayor invite a una negociación pública con el apra otorga a éste una especie de reconocimiento. Si el adversario, contra el retiro del jefe del partido, acepta, aún implícitamente, no poner en duda la validez de los diputados y de los senadores apristas, no reconoce del mismo golpe más que la famosa alegación de "fraude" y de "irregularidades" ¿no era más que un "truco" para apartar una vez más a Víctor Raúl de la Presidencia? Al negociar, el apra no tiene nada que perder (es el estado mayor el que tendría que renunciar a sus grandes aires de justiciero, si aceptara discutir). Pero ¿qué tiene él que ganar? Todo o casi todo si sus condiciones son aceptadas. Y si son rechazadas, si la negociación

fracasa, el partido habrá tenido la ocasión de dar una vez más prueba de su "serenidad", de su espíritu de conciliación.

El ejército, por supuesto, se cuidará de entrar en el juego. Le repugna a la institución militar entrar en discusión de igual a igual con otra organización, sobre todo cuando se trata de un partido político y más aún del apra. ¿Es siempre imposible la negociación? ¿Tal vez lo es con el estado mayor? Pero si fuera necesario admitir que ocurre lo mismo con los otros grupos o partidos, sería necesario concluir que la guerra civil, y su barbarie, son para siempre la suerte de Perú. ¿Esta triste fatalidad puede ser evitada? Si. Pues esta situación, que es la nuestra, es también la de nuestros otros dos rivales. Si se compara después de treinta años, esta declaración de 1963 con el texto de 1931, que he citado antes, uno percibe que el apra ha salvado la distancia que separa el dualismo de la lucha a muerte, del pluralismo de la "coexistencia".

Traduzco por coexistencia el castellano "convivencia" que caracteriza al tipo de relaciones que el apra ofrece a sus rivales después de 1956. En 1931, Víctor Raúl notificaba a sus adversarios que se rehusaba de antemano a todo compromiso con ellos. A partir de 1956, y más particularmente durante la campaña electoral de 1962 —él les ofrece un "diálogo permanente"— (discursos de febrero de 1962). Si se examina los principales textos donde la noción de "convivencia" es analizada y discutida,[9] se reconocerá tres acepciones principales. La convivencia, es primero un sinónimo de constitucionalidad, o "civilismo", para hablar como Edward Shils. El orden constitucional se distingue de la barbarie en que él admite la legitimidad de la oposición —a condición para ésta de ser leal a las instituciones democráticas—. Pero la "convivencia" es también definida como un "diálogo", en esta segunda acepción, la palabra ha cambiado de sentido. No designa ya solamente una sumisión difusa a ciertos símbolos venerables— como

9 Entre el discurso de Víctor Raúl, que acabo de considerar, hay que leer con cuidado el discurso del secretario general Ramiro Prialé del 16 de junio de 1957.

la Reina en el caso inglés— o a un principio abstracto, como "el orden republicano"; se refiere a un método de gobierno donde las decisiones serían tomadas por negociación y compromiso. Cómo hacer de otro modo, "si ningún partido o agrupación es bastante fuerte para gobernar él solo, si cada uno está condenado a negociar con todos los otros". Pero el compromiso será muy diferente según que los diversos partidos en pugna sean sensiblemente de la misma fuerza, o al contrario que uno de los interlocutores tenga *más a menudo* más peso que no importa cuál de los otros excluidos, o que venza siempre sobre *todos los otros* juntos. En su campaña electoral de 1962, Víctor Raúl presenta la "convivencia" como un régimen de compromiso permanente entre el apra y sus aliados (los conservadores inteligentes), que se ven ofrecer las consideraciones generalmente acordadas a las "fuerzas de apoyo". Después de los resultados decepcionantes de las elecciones, el apra no puede ya pretender al papel de "socio principal" "senior partner". Hay que negociar entonces no solamente con los aliados, sino también con los enemigos.

Si tratamos de resumir en una línea la evolución del partido entre 1930 y 1960, no dejaríamos de conmovernos ante el contraste entre el dualismo inicial donde predomina el tema de la lucha a muerte, y el pluralismo ulterior que reconoce, como una regla permanente del juego político, la negociación y el compromiso. Pero pueden ser distinguidas varias etapas entre el punto de partida y el de llegada. Sobre todo se puede preguntar si el punto de llegada, el pluralismo aprista, es una adquisición definitiva, o si no es nada más que la admisión desencantada, pero provisional, de que las "gentes de enfrente" se han mostrado más duras de lo previsto. La corriente pluralista es aparente desde 1931. En su discurso-programa, Víctor Raúl hace un amplio lugar a lo que llama congreso o asamblea económica. "...Necesitamos reunir una asamblea de carácter económico en la cual estén representados todos los que intervienen en alguna forma en la producción de la riqueza: capital y trabajo nacionales y extranjeros...

El obrero y el campesino frente al empresario y al propietario. . ." Esta pluralidad de intereses y de sectores, está institucionalizada en el partido mismo, puesto que los grupos profesionales apristas son estimulados y reconocidos como instancias autónomas en la jerarquía del partido. No más. Digo bien con las *organizaciones,* pues los concursos *individuales* son siempre ávidamente deseados. Pero el hecho de la heterogeneidad social, la legitimidad de los diversos intereses —a condición naturalmente de que se sometan a la regla del bien común— no es negada. "Somos una organización política que representa los intereses de las tres clases que hoy están apartadas del Estado. . . un Partido formado para la solución de los problemas de las tres clases que se vinculan en lo que tienen de común. . . la salvación de las mayorías nacionales. . ."

Pero si la distinción entre la esfera de los intereses privados (pero legítima), y la del bien común está claramente trazada, y eso desde los primeros años, en cambio la naturaleza de las relaciones del partido con las otras organizaciones políticas es mucho menos clara. Entre el partido único y el frente único la diferencia es profunda, pero puede ser solucionada. Cuando Víctor Raúl en 1931 exclama "Somos un partido de frente único" la fórmula es evidentemente ambigua y tal vez esta ambigüedad es voluntaria. En la fórmula, empleada en 1931 por Víctor Raúl, ¿el carácter de unicidad lleva sobre "frente" un sobre "partido"? Probablemente sobre "frente". Pero los otros partidos estarán en condiciones favorables de responder que en el interior del "frente" el apra reivindica el monopolio de la representabilidad. El apra de los años 1930 pretendía por lo menos la calidad de partido dominante en un frente único. Después de 1956, y los acuerdos de la convivencia, admite ser el partido dominante de una coalición mayoritaria. Y después de las elecciones de 1962, no es más que uno de los tres grandes partidos, que busca el contacto con sus dos rivales y declara estar dispuesto a entenderse con ellos.

La negación a "vinculación alguna con ninguna de las frac-

ciones políticas que han actuado o actúan en el país", para tomar de nuevo los términos de que se servía Víctor Raúl en 1931, ha dado lugar a un ofrecimiento de cooperación a todos los partidos —excepto los comunistas naturalmente—. ¿Cómo explicar y apreciar este cambio de perspectivas? ¿Y qué consecuencias tendrá para el apra en particular y también para la vida peruana? Al tratar de responder a estas dos preguntas es cuando vamos a encontrar de nuevo el problema de la ideología y de sus funciones en el desarrollo político.

Las transformaciones en el estilo del apra se pueden justificar mediante dos interpretaciones, una y otra insuficientes, pero al fin de cuentas complementarias. La primera insiste en las resistencias que el partido ha encontrado, que no ha sabido vencer y a las cuales le ha sido preciso adaptarse. La estrategia de la lucha a muerte y la táctica del choque frontal, descansaban en la hipótesis dualista: todas las fuerzas progresistas coaligadas debían adueñarse de la oligarquía. Pero la hipótesis dualista, que tiene tal vez un sentido de nivel macroeconómico (el sector moderno opuesto al sector arcaico) o de plan simbólico (los explotados contra los explotadores) se comprueba políticamente decepcionante: como los económicamente modernos no son siempre explotados, como por otra parte las víctimas de la injusticia distan mucho de ser todas y siempre fácilmente movilizables, la coalición progresista es tan difícil de reunir como de llevar al combate. Finalmente, ella no logra obtener la decisión contra el ejército y la oligarquía, ni despertar a las masas campesinas. ¿Qué otro camino quedaba abierto al apra sino el de la "convivencia"?

Esta interpretación sufre de una gran debilidad. Escamotea lo que da originalidad al caso aprista: que el partido haya podido, durante treinta años, sobrevivir sin lograr vencer. También está uno inducido a entrever una hipótesis muy diferente. En vez de considerar la conversión del apra al pluralismo como el efecto de circunstancias hostiles, se verá ésta como una especie de maduración, como un aprendizaje de la acción política, como una

toma de conciencia más y más sutil de sus recursos y de sus límites. Entre agosto de 1931 y julio de 1962 Víctor Raúl ha aprendido mucho; el discurso que pronuncia la víspera del golpe de estado militar del 18 de julio prueba la comprensión del apoyo que la historia da a la acción política (a condición de que acepte colocarse en la perspectiva del "largo plazo"); del lugar que corresponde no solamente a las circunstancias y a los accidentes, sino también a las estrategias de los adversarios, que hay que neutralizar o asociarse. Pero los progresos de la conciencia, que están señalados por la substitución de las imágenes relativamente complejas de la *convivencia,* del diálogo, del juego, substituidas a las del combate, del asalto, están sometidas a dos límites: la primera considera la naturaleza del jefe y su función en el partido. La segunda, la concepción misma del proceso de negociación.

Víctor Raúl es, desde la fundación del partido, *el jefe máximo* y se ha vuelto *vitalicio.*[10] Su poder no depende de la elección: es enteramente personal. El jefe máximo es a la vez hombre de acción que decide en última instancia y también el pensador y el filósofo. Y a este título, determina la doctrina del apra frente al marxismo, la dialéctica, la Relatividad. . . Pero más aún que su papel de pensador y hombre de acción, lo que caracteriza al jefe máximo es su situación de "hermano mayor". El cumpleaños de Víctor Raúl es celebrado cada 22 de febrero como el día de la Hermandad. Esta imagen precisa bastante bien la *distancia* entre el líder y sus partidarios. Él está muy cerca de ellos puesto que es su hermano (En los años de 1930 cuando Víctor Raúl era todavía un joven, el partido se presentaba gustosamente como una especie de banda *Bund* de fraternidad viril). Pero no se mezcla con ellos, puesto que es el mayor. Él había descubierto ya grandes verdades cuando ellos buscaban todavía a tientas; había escogido cuando ellos vacilaban todavía. Aún al envejecer, Víctor Raúl no se convirtió en un padre, se convirtió en jefe, pero sigue siendo un hermano. A este título él es la garantía de la solidaridad del

10 Vitalicio: de por vida.

grupo; y fuera de él es su fiador. Por otra parte, el matiz perverso del hermano mayor que corrompe a los menores, del adolescente convertido en jefe de banda, es bastante claro en la literatura anti aprista de los años de 1930. Ella se prolonga por la imagen del instigador que apela a los bajos instintos de la multitud, que se esfuerza en desencadenar en contra de las gentes de bien.[11]

La eficacia de este estilo de líder es cierta, pero limitada. Ofrece a individuos desorientados, descontentos de sí mismos y del lugar que se les ha dado, el modelo fascinante de lo que sueñan ser y hacer: ¿cómo no se van a sentir atraídos por este hermano mayor, que se ofrece a ellos como el ideal de su yo? Pero "el hermano hermano" no puede hablar indefinidamente en nombre de los "jóvenes". Y sobre todo, este estilo de "líder" no deja de malquistarse a los partidarios potenciales. El *jefe máximo* símbolo de seguridad para sus adeptos, es percibido como una amenaza para muchos, aún para los que al principio no eran hostiles a la empresa aprista. La lealtad incondicional al jefe en la que insiste la propaganda del partido, provoca dos clases de reacciones negativas. Primero el hombre, quien puede contar con el aumento de millares de partidarios, en cuyo honor se han organizado enormes manifestaciones, pasa fácilmente por "prepotente". Además, este hombre que sabe todo, que no se contenta con ser un gran político, sino pretende también ser un gran filósofo, se expone al ridículo. La imagen del jefe, de su potencia y de su omnisciencia, no impresiona ya a los adversarios que saben a qué atenerse; ella inquieta, invita o rechaza a los neutrales.

Es uno de los temas favoritos del diario "El Comercio" y de los adversarios más feroces de Víctor Raúl y de su partido, afirmar que "el apra no ha cambiado y no cambiará nunca". El lugar central que ocupa en la ideología aprista, no solamente el pensamiento sino la persona de Víctor Raúl, dista mucho de ser el

11 Es el tema del discurso pronunciado por el historiador conservador Riva Agüero en los funerales de José Antonio Miró Quesada, asesinado por un joven fanático sospechoso de ser un instrumento del apra.

mejor argumento que se pueda hacer valer en favor de esta interpretación. Agregaré una segunda, que concierne al concepto aprista de la negociación. "Los otros" no son necesariamente adversarios; son también compañeros potenciales. ¿Pero cómo tratar con ellos?

El partido sólo está comprometido si sus representantes tienen calidad para hablar en nombre de la más alta instancia. Y como ésta se reserva el derecho de evocar a su modo todos los negocios que juzga soberanamente de su incumbencia, de ello resulta que nada se había hecho mientras Víctor Raúl no se había pronunciado. Esta centralización máxima no carece de ventajas para el partido. Un asunto tan delicado como la negociación por partida doble hecha simultáneamente con Manuel Prado y Hernando de Lavalle, precisamente porque no fue realizada directamente por Víctor Raúl sino por el secretario general del partido, habría podido deshacerse en caso necesario (por ejemplo si las "bases" hubieran manifestado una repugnancia insuperable a votar por un oligarca como Hernando de Lavalle, o por Manuel Prado, el expresidente de 1939-1945 que había dirigido una represión particularmente severa) sin daño irreparable. Al *jefe máximo* le quedaba la facultad de desautorizar al secretario general. A veces esta delegación precaria e irrevocable conduce a embrollos que terminan en tragedias. Se toman iniciativas o más bien contactos, de los cuales el *jefe máximo,* entre las múltiples operaciones que vigila más que controla, está muy decidido a detener —en tiempo oportuno— las que le parezcan intempestivas o peligrosas. Pero él no siempre ha tenido tiempo de hacerlo, y sucede que sus subordinados están ellos mismos demasiado comprometidos para retroceder y no ven otro medio que obligarlo y colocarlo ante el hecho consumado.[12]

Su estilo de negociación expone al partido a varios malentendidos. Primero, provoca contra él de parte de sus compañeros la acusación de duplicidad. Aún cuando hace de la "convivencia"

12 Es en grande el episodio del Callao de octubre de 1948.

su contraseña, "el apra no es un partido como los otros". "Con los apristas, no se sabe jamás" —era una advertencia muy frecuente en los medios gubernamentales peruanos entre 1956 y 1962—. Es cierto que la imprevisibilidad en el secreto presta valor al concurso prestado, al subrayar su precariedad. Pero ella hace deseable la situación, donde dicho concurso ya no sería necesario. Para el público en general, la ambigüedad calculada puede ser interpretada como un signo de debilidad, por ejemplo, la negociación que sigue a las elecciones de 1962, de que Víctor Raúl quería dar un ejemplo de "serenidad aprista", ha provocado probablemente reacciones muy diferentes. En el ejército, por ejemplo, parece bien que la reconciliación de Víctor Raúl con el general Odría haya sido considerada como el colmo, como una desvergüenza que clamaba venganza al cielo, y que apelaba tanto más al castigo, cuanto que este entendimiento del apra con uno de sus antiguos perseguidores aparecía como la postrera astucia de un partido y de un jefe en agonía...

He tratado de explicar más arriba por qué el esquema dualista de la lucha a muerte se había comprobado tan engañoso. Para decir todo en una palabra, es que la situación peruana no era dialéctica. Las oposiciones aún metódicamente explotadas, en vez de provocar el estallido de la vieja sociedad, conducían al callejón sin salida político. Tal es la primera enseñanza del caso peruano: "no siempre es seguro lo peor".

Pero el método de la *convivencia* tampoco parece haber llevado los frutos que se esperaban de ella. Veo dos razones para este relativo fracaso. Primero, por las razones que he dicho, las sospechas respecto a la duplicidad (real o supuesta) de los apristas, no han sido refutadas. Pero a este primer grupo de razones, hay que agregar otro. Entre 1930 y 1960, Perú ha conocido un proceso de movilización social del cual presento los indicios más característicos. En primer lugar, la migración de la sierra a la costa se ha acelerado. La crisis de la vieja sociedad agraria del interior —fundada en la antítesis hacienda-comunidad—, se ha agravado.

El oleaje migratorio que se esparcía sobre la costa, se ha concentrado principalmente en la región de Lima, con la formación correlativa de las barriadas. Finalmente hay que citar el efecto, hasta ahora muy mal analizado, del consumo de las masas "mass consumption", no solamente sobre las clases medias, sino sobre los sectores urbanos más desfavorecidos. En treinta años, las "mayorías nacionales" han tomado volumen y peso. Pero aunque sean más activas, mejor organizadas que en 1930, continúan muy profundamente heterogéneas. Las reivindicaciones de los indios de la sierra son diferentes de las de los trabajadores agrícolas de la costa. El grupo de mineros de Toquepala, y el de los pescadores de *anchoveta,* tienen cada uno sus preocupaciones.

El Perú de 1962 no es ya ciertamente una sociedad dualista, pero tampoco es una sociedad pluralista —por lo menos en el sentido en que se toma generalmente esta palabra—. No es posible —si nunca lo ha sido— oponer eficazmente las "masas" —o las "mayorías nacionales"— a la oligarquía, pero no es posible todavía hacer cooperar a los diversos grupos (obreros, campesinos, empleados), los grandes cuerpos (como el ejército), y los partidos, según un procedimiento regular. Entre 1939 y 1962, los recién llegados surgieron a la escena nacional, los intereses que durante largo tiempo habían permanecido al margen, buscan ahora hacerse oír, y a veces se imponen por la violencia. La Sociedad peruana se ha complicado y diferenciado, y la contraseña aprista de la "convivencia" no corresponde solamente al reconocimiento huraño de que los adversarios políticos han sido más "duros de pelar" de lo previsto, sino también a la admisión implícita de que la vieja sociedad neo colonial, que no tenía demasiada dificultad en excluir de la participación política a la masa de la población, fue conmovida por un proceso de movilización que ha hecho entrar en el juego a fuerzas que por la experiencia, se ha comprobado difíciles de organizar y vigilar. El apra, que en los años de 1930 había prejuzgado la eficacia del esquema dualista y el tema de la lucha a muerte, se encuentra ahora frente a una nueva dificultad:

le es necesario actuar en un país que sigue siendo demasiado subdesarrollado para lo que tiene de diferenciado y demasiado diferenciado para lo que tiene de subdesarrollado.

De la impotencia del apra para imponerse hasta ahora como la única o por lo menos como la principal fuerza de modernización, cuidémonos de concluir que "la edad ideológica" está declinando ya en Perú como en otras partes, que el gran propósito ideológico de una reforma radical, "desde la base", que se da como objetivo la movilización y la integración de las "masas", las que hasta ahora no han tenido ninguna participación en el poder de decisión de aquí en adelante fracasado. Primero, si el apra ha substituido la contraseña de la "convivencia" por la de "la lucha a muerte contra la oligarquía", el relevo ha sido asegurado por otros movimientos que no han dejado de acusar a los jefes apristas de "traición". Además, si el apra ha cesado de ser una ideología dualista, el partido no ha perdido toda pretensión ideológica.

Esta afirmación será rechazada por los que afirman que Víctor Raúl y sus partidarios se condenan al "oportunismo" desde cuando renunciaron al dualismo de la lucha a muerte. Este lugar común al que han recurrido tanto los adversarios de izquierda del apra (comunistas, filocastristas, trotskistas, etcétera) como sus adversarios de derecha, puede reducirse fácilmente al dilema en el que tantos intelectuales gustan colocarse: o bien la política es el compromiso incondicional, que se propone encarnar el ideal (liberación del hombre, reconciliación del hombre con los otros hombres, con la naturaleza y con él mismo), o es una sucesión de sórdidas transacciones entre intereses mezquinos. De hecho, el apra durante la fase de *convivencia,* tiene una doctrina, y una práctica, que según toda apariencia sus jefes y sus militantes continúan tomando en serio.

¿Cómo caracterizar dicha doctrina? Yo no me apegaré a las construcciones más o menos grandiosas, como la famosa tesis del espacio-tiempo histórica. Admitamos que se trata de una superestructura verbal cuya principal función es táctica, en el sentido

de que asegura la originalidad de la empresa aprista permitiéndole por consecuencia liberarse de la tutela de la Internacional comunista. Pero existe un conjunto de problemas genuinos, sobre los cuales el apra tiene una doctrina sencilla y constante: es el problema del desarrollo. En 1931, cuando Víctor Raúl dirigió su primera campaña presidencial, la palabra "desarrollo" no estaba todavía de moda. Pero ya estaba planteado el problema de la industrialización. Y Víctor Raúl, en su discurso del 21 de agosto, presenta ya algunas tesis de las cuales no se apartará nunca más.

La industrialización de un país como Perú es extraordinariamente difícil, y ello por numerosas razones. Primero, los recursos locales en capital, físicos, humanos y financieros, son reducidos, y no pueden ser mejorados sino débilmente. Más tarde, primero en 1945, después más explícitamente aún en su campaña de 1962, Víctor Raúl expresará su escepticismo en cuanto a la posibilidad de aumentar el círculo del sector nacional mediante una redistribución del ingreso, o una política de ahorro forzoso y de austeridad obligada. De esta primera proposición negativa, se deduce una proposición afirmativa. Es que la industrialización del país depende del círculo extranjero. Pero esta proposición está sujeta a dos calificaciones. En 1931, Víctor Raúl tiene el cuidado de precisar que las perspectivas del círculo siguen siendo, en todo caso, muy modestas —y esto por tres razones—. En primer lugar, lo exiguo del mercado nacional; en seguida, la falta de mano de obra calificada; finalmente la ley del beneficio comparativo que el orador interpreta de una manera particularmente estricta, al subrayar que la "superproducción mundial" —estamos en 1931— incita a los capitalistas "a ahogar toda tentativa de industrialización que pudiera significar para ellos el peligro de una nueva competencia". También Víctor Raúl se ve llevado a esta segunda precisión: el círculo extranjero eligirá lanzarse a la extracción de las materias primas, y la industrialización peruana será de "colaboración" y tendrá como motor el sector extranjero vuelto hacia la exportación de las materias primas.

No discuto lo bien fundado de esta tesis. Pero es ciertamente coherente, original y constante. Concuerda con el análisis de las relaciones sociales (debilidad de la clase obrera, de las clases medias, incapacidad política de las masas campesinas) sobre las cuales Víctor Raúl funda su defensa en favor de un "frente nacional". En lo que concierne a la originalidad de la tesis, esta es obvia si se la compara con las declaraciones sobre la necesidad de la planificación nacional, y otros lugares comunes de las ideologías radicales. Pero está mucho menos comprobada si se toma en cuenta que en el fondo está de acuerdo con las posiciones de numerosos conservadores peruanos que, como Víctor Raúl, reconocen la importancia decisiva al comercio exterior y al círculo extranjero en la economía nacional. En cuanto a la constancia de la tesis, hay que decir que el rigor tal vez se ha embotado un poco. En 1962, Víctor Raúl tiene ciertamente una visión menos pesimista de las perspectivas de industrialización. No la define ya como una industrialización de competencia con las economías dominantes consumidoras de materias primas. Insiste —como lo hacía ya en 1931— en la necesidad para el estado de reglamentar y dirigir el torrente de capitales extranjeros. Pero vuelve con la misma insistencia en la necesidad de *la ayuda* extranjera (de preferencia pública) y del círculo extranjero privado.

Esta doctrina del desarrollo es ideológica por esta razón negativa, que ella no se nos ha presentado como una hipótesis comprobada experimentalmente. En 1962, por ejemplo, Víctor Raúl no se refiere nunca a los trabajos [13] de los expertos de la C.E.P.A.L., en las discusiones sobre las relaciones entre el "centro" y la "periferia", los términos del cambio, el "efecto de la dominación" etcétera. Ni siquiera procura sacar un argumento como podría hacerlo tan fácilmente del crecimiento de la economía peruana en los años de 1950-1965. Se contenta con algunas nociones intuitivas: "...no somos pueblo industrial... La máquina nos viene hecha..." Pero estas ideas de sentido común no carecen de funda-

13 Discutibles, por otra parte.

mento. Guían la política aprista, le suministran reglas de acción. Se le vería bastante bien en el caso de la reciente reforma agraria. Dada la repartición geográfica de las producciones agrícolas, una ley radical y homogénea, bajo el pretexto de poner fin a la gran propiedad, arruinaría a la agricultura moderna de exportación instalada en la costa (azúcar y algodón). El apra en 1964 se muestra autor de un compromiso que exime a las grandes plantaciones de caña de azúcar de un sistema de expropiación cuyos rigores son reservados a los latifundios del interior. Algunos no dejan de explicar la posición del apra por el más sórdido oportunismo: al hacer un señalado servicio a la oligarquía, el apra trata de volverse indispensable y de participar en los favores de los grandes intereses. Es olvidar que el costo de la operación no podía dejar de ser muy elevado para el partido aprista, al que tanto como a cualquier otro le agrada pasar por "progresista". Agreguemos que en 1964 el apra está en la oposición y que nada lo obliga a ayudar al feliz competidor de Víctor Raúl, el presidente Belaúnde, a salir de un mal paso, permitiéndole, sin perder la debida compostura, aceptar la transacción honorable elaborada por la mayoría antigubernamental del congreso. Hay entonces lugar de introducir en la explicación de la conducta aprista, dos móviles distintos pero convergentes: primero el interés de los líderes sindicalistas apristas de la industria azucarera, que no quieren saber nada de una nacionalización "a la cubana" de la que temen lo peor; después la admisión franca y explícita por los jefes apristas, que el sector de exportación es el motor del desarrollo nacional y que toda política de nacionalización conduce infaliblemente a la catástrofe.

Hay pues una ideología aprista del desarrollo; y lejos de ser una superestructura ilusoria es fácil mostrar que ha contribuido a definir la política económica del Perú en los últimos años. ¿De qué manera? Estaría yo tentado a decir que de una manera esencialmente negativa: absteniéndose de impedir.

Por ejemplo en 1959, dejó el camino abierto al señor Pedro

Beltrán en lugar de hacerle la vida imposible, levantando contra él a los sindicatos. Y más generalmente, ha dejado el campo libre a los Partidarios de lo que he llamado el "liberalismo criollo", cuidándose de oponerles la clásica disyuntiva de izquierda con planificación, centralización estatal, controles del comercio exterior: La ideología aprista que acepta (si no reconoce) la "dependencia" como un hecho, y cree posible hacerla servir en pro del país, ha confirmado —para bien o para mal— la orientación seguida de una manera coherente por el Perú en la fase actual de su desarrollo: prioridad reconocida al sector exterior, firme determinación de sacar todo el provecho posible de las ventajas que tocan al país como proveedor relativamente diversificado de materias primas.

Esta aceptación calificada más o menos adecuadamente de "realista", me parece uno de los temas centrales de la ideología aprista. Plantea dos cuestiones a las cuales una investigación más a fondo debería responder. Primero ¿cómo concilia Víctor Raúl su prudencia frente al capital extranjero del cual reconoce no solamente la fuerza, sino también la contribución potencialmente decisiva al desarrollo nacional —con su agresividad indiferenciada frente a la oligarquía— de la cual no deja nunca de denunciar los lazos, las "complicidades" con el capital extranjero? En los años de 1930 Víctor Raúl había subestimado la fuerza de la oligarquía. Si ha visto la debilidad, la inconsistencia de las "mayorías nacionales" que no pueden pretender a la eficacia más que federadas, integradas, puestas en pie de guerra por el Partido, él ha desconocido las bases del poder oligárquico. Y si el "realismo" aconseja no echar la culpa al más fuerte que uno, puede también sugerir aplastar a los pseudo fuertes (que son débiles en verdad), sobre todo cuando son símbolos de corrupción y de explotación. Hay que agregar que frente a los extranjeros la actitud aprista tiene varios aspectos: Circunspección no es sinónimo de sumisión. Durante los años de 1930 los sindicatos apristas se muestran agresivos frente a las compañías americanas —sobre todo mientras que

emplean la mano de obra peruana—. Pero por esta oposición, no parece— a lo menos en los niveles de las más altas instancias del partido —que se trate de eliminar a los capitalistas extranjeros, o aun de hacerles la vida imposible. Más simplemente, se quiere ser agradecido y entablar el diálogo con ellos. Y el solo hecho de ser invitado a negociar, a ser tratado como una organización representativa, constituye el "nuevo hecho" que permite al partido responder a sus adversarios de izquierda que le reprochan haber olvidado su radicalismo inicial: "No son los apristas quienes han cambiado de actitud sino... quien cambió fue el gobierno de los Estados Unidos."

La doctrina del apra sobre el desarrollo económico nos permite comprender los comportamientos del partido, cuando las cuestiones del poder están empeñadas. Hay que evocar aquí algunas actitudes, que me he esforzado en analizar en otra parte de una manera completamente general: circunspección respecto a la fuerza actual, convicción de que a la larga las relaciones pueden cambiar, si los que son débiles hoy saben esperar, controlarse y armarse de todas las ventajas que se les pueden presentar (algún día). Los dos momentos de la ideología aprista —el de la lucha a muerte y el de la convivencia— están envueltos en una misma tradición cultural que combina la prudencia (no meterse) con un deseo apasionado de ponerse firme contra otro (insurgencia).

De esta vitalidad hay que considerar finalmente otro signo en la aptitud del partido para sobrevivir como organización, cuando la contraseña de la lucha a muerte ha sido reemplazada por la de la convivencia. He tratado de explicar antes, cómo el dualismo de combate (ellos o nosotros, todo o nada) ha permitido al apra constituirse en una especie de batallón sagrado, capaz de superar la prueba de una muy larga persecución. ¿Pero al convertirse a la "convivencia", el partido ha renunciado a su fuerza primitiva que era la dedicación apasionada a una causa y a un jefe? Es difícil responder a esta pregunta porque sabemos muy poco sobre la vida interna del partido. Sin embargo parecen bastante bien estableci-

dos tres hechos. Primero la estructura unitaria, si no autoritaria del partido, ha sido mantenida desde 1956 y tiene todas las posibilidades de durar tanto tiempo como Víctor Raúl siga como jefe supremo. Esta preeminencia del líder ha sido ejercida y mantenida gracias a un conjunto de circunstancias excepcionales: ningún líder secundario ha podido o querido hacer frente a Víctor Raúl, y Manuel Seoane quien distaba de estar siempre de acuerdo con Haya ha mantenido siempre sus disentimientos o por lo menos su expresión de este lado del borde de la ruptura. Además, el jefe máximo ha sabido aparecer como el árbitro indispensable que garantiza la unidad del partido.[14] Sería necesario finalmente considerar las relaciones entre las instancias centrales y las autoridades regionales del partido. Ha debido ser encontrado cierto equilibrio entre las peticiones locales de autonomía, y las pretensiones enunciadas por el centro de ejercer su control.[15]

Esta organización autoritaria donde el culto a Víctor Raúl tiene un primer lugar, no ha llevado al partido a la ruina, como algunos lo anunciaban después de 1956. Es cierto que si el partido se mantiene, no avanza más. He tratado de explicar en otra parte esta relativa estabilidad, que manifiesta la comparación entre los resultados de las elecciones de 1931 y los de las elecciones de 1962: las fortalezas apristas de los años de 1930 están casi intactas en 1962, pero el partido no progresa casi en ninguna parte en las regiones donde era débil en 1931. Esta nota apelaría a diversos matices y calificaciones: el crecimiento de la población —y del cuerpo electoral— el desarrollo económico muy desigual de las diferentes regiones del país vuelve particularmente delicada la interpretación del hecho. Pero de la hipótesis que sugiere es posible encontrar algunos argumentos en favor— es que la comunidad aprista es notablemente cerrada y difícilmente penetrable—.

Y es probablemente la contribución más importante del apra

14 Un episodio donde este rasgo es particularmente visible es la crisis que se presenta después de 1948, a continuación del caso de Callao y de su derrota.

15 En 1962, parece haberse manifestado alguna "dificultad" cuando la elección de los candidatos a las elecciones legislativas.

a la cultura política del Perú, que haber enseñado a sus partidarios algunos de los recursos de la acción colectiva, al mismo tiempo que la eficacia del largo plazo.

Volvamos de nuevo a las preguntas que nos planteamos en las primeras líneas de este trabajo. No solamente no hay ninguna razón para tratar a toda ideología política como un esquema dualista de la lucha a muerte, y de quejarse del "fin de la ideología" cada vez que las estrecheces y la pobreza del esquema dualista obligan a abandonarlo; sino también, resulta claramente del ejemplo aprista que la estrategia dualista dista de ser siempre eficaz aún en las sociedades relativamente poco diferenciadas. La reflexión sobre el fracaso —aun cuando no es llevada muy lejos— o la necesidad de adaptarse a la situación resultante de este fracaso, contribuyen a una devaluación de lo que hay de exagerado, literalmente impracticable en las fórmulas iniciales de la ideología; y correlativamente a una toma de conciencia de las condiciones efectivas de la acción concreta. Y es, al aceptar darse por lo que ella es —es decir, una percepción más que un conocimiento para una lengua determinada, como la de las experiencias más primitivas, encargada de todas las ambigüedades de lo que el señor Lévi Strauss llama el "significante flotante", mucho más que para un "Saber Absoluto", que la conciencia ideológica tiene cierto derecho a ser tomada en serio, y algunas posibilidades de ilustrar el proceso de desarrollo, de aclarar algunos móviles y algunas intenciones.

ÍNDICE ANALÍTICO

Este número 58 de *Jornadas* se terminó de imprimir el día 15 de abril de 1966 en los talleres de Gráfica Panamericana, S. de R. L., miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial, registro Nº 86. Se imprimieron 1 500 ejemplares y la edición estuvo al cuidado de *Lilia Díaz López* y de *Luis Muro Arias,* Secretario de Publicaciones de El Colegio de México.

Nº 081



CM
BIBLIOTECA
INVENTARIO 2015
DANIEL COSIO VILLEGAS

